

Vida en el desierto

Este hombre, de 98 años, es un patrimonio cultural. Todos de alguna forma lo conocen, pero pocos saben que vive junto a su hija en el sector céntrico de nuestra ciudad.

Sus manos tiemblan al coger una carpeta llena de recuerdos: recortes de diario, cuentos, relatos, certificados de nacimiento de sus siete hijos (algunos de ellos ya muerto), cartas de sus amigos y diplomas de mérito.

La corbata le combina perfectamente con su pantalón de gabardina. Su camisa blanca, impecable. Ninguna hilacha cuelga de sus mangas, sólo la de la vida que tiende a caerse de su carne alba y venuda, pero que se resiste a estrellarse porque cree que aún le queda imaginación para plasmarla en el papel; inmortalizar mediante el verso, el cariño que Héctor Pumarino Soto siente por su norte; por la pampa... por el desierto.

Este escritor y periodista tiene hoy 98 años. Resulta increíble, "curioso" como repite él a cada rato, que se mantenga en pie. Y que aún pueda golpear las desvencijadas teclas de su máquina de escribir. "La que me ha acompañado desde siempre", argumenta con su voz aquejumburada.

Pumarino es un patrimo-

nio cultural. Todos de alguna forma conocen a este personaje, pero pocos saben que aún vive y que su morada se ubica en Zenteno, sector céntrico de nuestra ciudad.

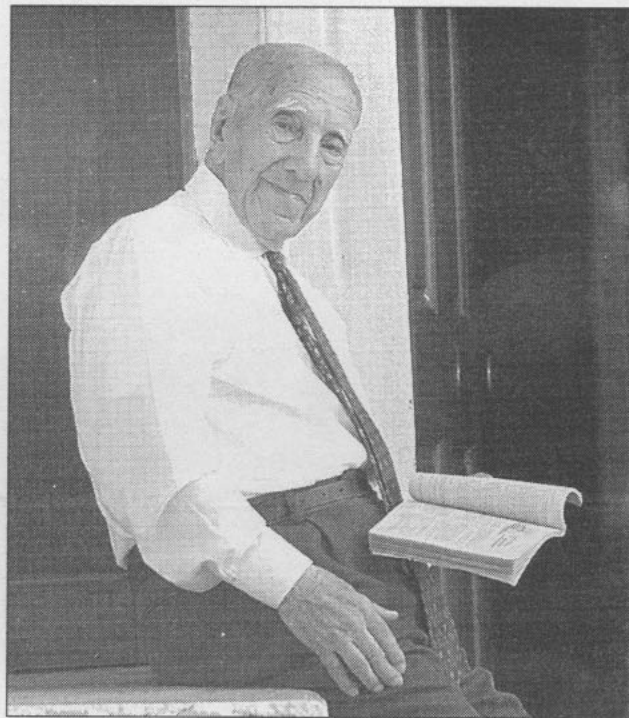
Allí subsiste con su hija, una señora de aproximados 75 años. Convive además con sus nietos y con los fantasmas que se pasean por su maleta, por su navaja, por sus trajes listados, herencia de una época que lo marcó. Eran los tiempos del tango, de la bohemia, de los viajes en tren, del sabor a cobre, del olor a caliche...

-Don Héctor, ¿usted es pampino neto?

-No, yo soy de Santiago. Llegué muy joven a la oficina de Tarapacá, cuando el salitre atraía a moros y cristianos. Me vine en el longino, un tren que partía en Calera y se detenía en Iquique.

-¿Y cuál fue su primer trabajo en la oficina?

-Tirar pala, picar, arrastrar la carretilla... Terminaba con las manos agrietadas y llenas de sangre. En una ocasión, un ingeniero, del cual no recuerdo su nombre, se acercó hacia mí y me



miró las manos. Me preguntó el nombre, me llevó al dispensario y me curaron. Después me llevó a una oficina y me contrataron en administración.

DE NIÑO

Don Héctor se para, se arregla sus pantalones y camina, lentamente, hasta un armario. Saca de allí unas carpetas de color y vuelve a nuestra mesa, que da hacia una ventana. Sus rasgos a contraluz despiertan una especie de compasión. El centro del Universo parece clamarlo. Sin embargo, el no quiere partir a ese ignoto paraíso. Quiere seguir viviendo para sentarse frente

a su máquina y escribir.

De hecho lo está haciendo. Recopila una serie de relatos donde cuenta sus peripecias en el norte de Chile. También detalla sensaciones, como cuando oyó al maquinista gritar: "¡Todos al treeeeeeen!

-¿Algunos de sus hijos son artistas como usted?

-Héctor y Rubén. El primero vivió en Argentina y era un reconocido poeta. El falleció. Mientras que mi segundo hijo es pintor y vive en Francia. Ha montado varias exposiciones. Es de los buenos, según la crítica parisina.

-¿También usted es periodista?

-Es curioso... Cuando joven creé varios periódicos en las oficinas salitreras donde estuve. Pero de corta vida. Después me fui a Calama y fui director de una radio.

HISTORIA

Héctor Pumarino Soto asegura tener en su mente muchas historias. Quizás dentro de su cabeza tenga una decena de pelotitas de naftalina, porque sus recuerdos se mantienen intactos. Sin alas de polillas.

Cuenta que las noches en Antofagasta antes "eran muy bonitas". Que solía acompañar a sus amigos durante esas noches de borrachera. Que bajo la luz de una ampollita vieja, inventaban poemas; adornaban de sonetos las horas muertas al ritmo del tango y de un bole-ro envalentonado.

-¿Y con quién salía?

-Con Andrés Sabella, Mario Bahamondes... En una ocasión salimos con un músico... no recuerdo su nombre. Fuimos a un boliche y nos pusimos a conversar. Concordamos, los poetas, que las noches, cuando Antofagasta dormía, eran hermosas: con sus luces, su olor a mar, su brisa tibia. Resulta, y que es curioso, que después este caballero músico inventó la canción "Antofagasta dormida". El sujeto no entendió nada. Todo al revés.

JOSE OSSANDON

Bitácora

Héctor Pumarino Soto nació en Santiago un 10 de agosto de 1901. Es periodista autodidacta, escritor e historiador. Desde 1920 que el norte es su patria, cuando llegó a la pampa para trabajar como obrero.

Dieciocho años después se desempeñó como Inspector Municipal en el Valle de Atacama. La residencia en esta zona, derivada del cordón andino de los Andes, limítrofes con Argentina y Bolivia, le dio la oportunidad de estudiar e investigar su propio terreno; los vestigios de la cultura atacameña.

Además ha trabajado como secretario de gobernación y director de radio. En 1972 publica el libro "Norte andino". En 1978, "El Loa ayer y hoy" y en 1983, "Tierras del sol". Este último trabajo literario editó dos mil ejemplares. En dos meses se agotó.

El Mercurio. V. 2/po. 589684 05/02/2000